

La heterosexualización de la homosexualidad (por eso odio Heartstopper¹)

Mario Henao

Profesional en Estudios Literarios, mariofhenao@gmail.com

En el último capítulo de la serie se ve a dos jóvenes acostados y abrazados en una playa. La cámara los muestra desde arriba y vemos una bella imagen de un chico recostado en el pecho del otro. Son felices. Después de haber superado obstáculos, inseguridades, reclamos, miedos, de haber sentido la tensión de las miradas, de los silencios, estos dos chicos, uno de 16 años y el otro de 15, están por fin disfrutando de su amor. Y el menor de ellos pregunta si el estar ahí acostados y abrazados significa que son novios, algo que él siempre ha querido. Y entonces, el otro chico se levanta y lo alza y entre sus brazos le dice que sí, que son novios, y grita en dirección al mar: “él es mi novio”. Y ese mar éramos nosotrxs, lxs espectadorxs, a quienes nos decían que por fin podíamos esperar tener un final feliz.

Esa fue la alegría que generó la serie *Heartstopper* y que se vio desplegada en las redes sociales, en donde muchos hombres gays expresaron su emoción por ver una serie en la que dos adolescentes podían vivir lo que muy pocos de los de nuestra generación (la de quienes estamos en los 30) y anteriores habían podido vivir. Y entonces sentimos la satisfacción y tranquilidad de saber que todo ha cambiado o está cambiando, que por fin tenemos referentes positivos que nos ofrecen una vida feliz, en la que no somos los rechazados, los escondidos, los señalados, en la que no estamos asociados a la enfermedad, a la degeneración, al riesgo, al peligro, en fin, una vida en la que ya no somos raros. Y entregamos con una sonrisa, viendo a una pareja repitiendo una imagen clásica y monumentalizando un tipo de relación, nuestra extrañeza.

Ante esa alegría por un amor adolescente (una alegría que hizo que muchos de los hombres gays que salieron en 2022 a las marchas del orgullo dijeran que marchaban para garantizar que haya jóvenes que vivan las historias de amor que ellos

no pudieron vivir y que ahora aparecen en las series de adolescentes), ante esa alegría, yo quiero expresar mi odio y mi resentimiento. Odio sentí mientras veía esa serie, un odio que proviene de un resentimiento, de un volver a sentir y corroborar que no tenemos lugar, que lo que tenemos es una única experiencia a la que debemos someternos: la experiencia heterosexual. Pero es también un resentimiento efectivamente por no haber vivido esa historia de amor, y un odio por saber que no hay manera ni de revivirla ni de que nadie (o solo una inmensa minoría) pueda hacerlo. Esas series, aparentemente tan transformadoras, exponen el triunfo de la exclusión y nos señalan de manera muy directa el espacio que no podemos ocupar porque nunca cumpliremos con los requisitos que se necesitan para reproducir lo que la pantalla nos muestra. Nuestra felicidad está solo en la proyección, en esos personajes que casi desde un inicio nos hacen tener muy claro que no son nosotrxs. Odio esa promesa de la narrativa audiovisual que nos da unos sujetos con quienes identificarnos para luego devolvernos a nuestra vida cotidiana.

Lo que se ofrece como nuestro triunfo, el de tener referentes gays y representaciones positivas, me parece que es el triunfo de la heterosexualidad, que es un sistema de posiciones que sostiene una política hegemónica. Por eso, al final no importa si quienes se ubican en esas posiciones son de orientaciones sexuales diversas, ya que lo importante es la función que cumplen dentro de ese sistema, que en definitiva es lo que constituye al sujeto. Hay que corroer el sistema heterosexual, no extenderlo, que es lo que hace la inclusión. Por eso es que en lugar de celebrar que haya jóvenes gays en las pantallas lo que yo siento es preocupación y odio.

En una de sus columnas María Moreno hace un elogio del resentimiento y define esa actitud como la de “aquel que se niega a recorrer del todo el

pasaje a la zona de los privilegiados, el que no concede en recibirse de ser uno de ellos”². Asumir como un gran logro la posibilidad de tener novio en la adolescencia es recorrer ese pasaje al privilegio, porque esos dos jóvenes que expresan su amor están reproduciendo un set de beneficios que en apariencia está habilitado solo para los heterosexuales, pero que no es más que una ilusión concebida para seducirnos con la posibilidad de la normalidad que solo una pequeña minoría puede vivir.

El amor adolescente que tanto hemos visto en las comedias románticas y en las series de televisión no es una experiencia para todo el mundo. Muy fácilmente se pasa por alto que estos dos jóvenes son representantes de una población muy privilegiada: hombres blancos, hegemónicamente bellos, de una clase media acomodada, que reproduce muy fielmente las dinámicas de la vida pequeñoburguesa. Hombres que cumplen con las características de ser unos buenos ciudadanos que no representan ningún peligro para la sociedad. Son hombres que pueden amar, porque su amor no desafía ninguna norma, más bien parece sostenerla.

Ejemplo de eso es la insulsa frase que la comunidad gay tanto repite (e impone a toda diversidad): “amor es amor”. Esa frase no hace más que sostener una práctica que solo se encuentra en un específico tipo de vida, que es la de la normalidad, una ilusión o, mejor, un modelo solo para quienes pueden participar activamente de ese mundo privilegiado. Lo que yo creo que esconde la tautología “amor es amor” es la asimilación y la confirmación de la normalidad: porque podemos amar somos normales, pues quienes aman son los normales. Esa frase es, entonces, una exigencia a abandonar el resentimiento y a aceptar que el mundo de los privilegiados nos ha abierto un lugar para que nos ilusionemos con ocuparlo, y por eso no deberíamos ser desagradecidos. Con esa frase y esa situación se confirma que el amor funciona de manera muy útil como herramienta de control que disminuye toda pretensión corrosiva, porque con el amor se crean imágenes satisfactorias que nos prometen un placer anhelado. El amor no puede estar acompañado de resentimiento, porque el amor es un sentimiento definitivo, que cierra toda posibilidad de sentir algo más o de volver a sentir, ya que se asume como finalidad. Cuando el joven de esa serie dice que su

único deseo u objetivo en el mundo es tener novio clausura toda posibilidad de seguir sintiendo, y hace del amor una posición fija (un premio). El amor como proceso, como recorrido, como errancia, vagabundeo, exploración, deja de ser posible. El amor se convierte ahora en un definitivo estado (civil).

En los primeros años del siglo XX, cuando en algunos países se empezaba a legalizar y regular el matrimonio igualitario, algunxs pensadorxs, como Paco Vidarte, por ejemplo, señalaron que casarse parecía ser la estrategia que un grupo de hombres gays habían encontrado para por fin pertenecer al grupo de los que excluyen, lo cual no dejaba de ser decepcionante, pues tantos años de lucha no podían culminar con la idea de que la victoria definitiva era el matrimonio. Más o menos dos décadas después se hace cada vez más evidente esa decepción, sobre todo por el peligro que significó esa inserción en el mundo legal (que es el mundo de la representación). Y es que ver en cine y televisión jóvenes que se enamoran en la secundaria no es ninguna novedad, y no es suficiente que esos jóvenes enamorados sean dos hombres. Lo que se reproduce en esa escena final que describí al inicio es la misma fantasía que hemos visto tantas veces en las pantallas y que muy poca gente vive (tal vez nadie vive y por eso la seguimos viendo). Se trata de la fantasía que hace del amor una mercancía que nosotros creemos que podemos comprar fácilmente y sin ningún cuestionamiento. Solo que, como pasa con toda mercancía, cuando se consume, ese valor mágico desaparece y el sentimiento vuelve a ser prosaico.

En la serie *Heartstopper*, el protagonista se roba toda nuestra atención con su tierna y hermosa forma de ser. Es un joven, casi un niño, que sueña con tener pareja; nada más inocente. Pero esa idea, esa búsqueda no es inocente porque reproduce la concepción de que el amor es premio, cuando en realidad históricamente se ha usado como forma de control y restricción. Lo que más me sorprende de ese personaje y de esa historia es que en ese mundo juvenil no parece haber lugar para lo raro. El protagonista es un joven casi perfecto, un chico que solo saca buenas notas en clase, que es amable, es un buen hijo, no es problemático, no tiene ningún amaneramiento, es bueno en los deportes, toca bien un instrumento musical, no parece gay, como le dice uno de los compañeros que lo molesta en el colegio. Se trata

¹ *Heartstopper*. Created by Alice Oseman, See-Saw Films, Netflix, 2022.

² María Moreno, “Un elogio del resentimiento”, *Página*, 24 de enero de 2021. <https://www.pagina12.com.ar/319274-un-elogio-del-resentimiento>

de un chico ejemplar. Ser un ejemplo tiene una doble significación: por un lado, se trata de alguien o algo que sirve para representar a una totalidad, en ese ejemplo se identifican las características del deber ser y por eso todo el mundo puede verse identificado con ese ejemplo. En cierta medida, el ejemplo es lo más común, lo que puede verse y entenderse como representante de todos. Por otro lado, un ejemplo debe destacarse del resto para poder serlo, por lo tanto, debe diferenciarse y con ello marcar una falta en quienes no son el ejemplo y que por eso mismo deben seguirlo. De alguna manera, ser normal es lo más ejemplar, porque lo normal es el objetivo, la meta; cumplir las normas es lo que debe hacerse para alcanzar la satisfacción, que en este caso es el amor. ¿Cómo ese joven tan perfecto no va a poder tener lo que quiere si se lo merece? ¿Y cómo eso que quiere no va a ser el amor si ese es el sentimiento supremo?

En los años veinte del siglo pasado, Roberto Arlt³, un escritor argentino, en una de sus *Águafuertes porteñas*, describió a ciertos jóvenes que él consideraba habían nacido viejos. Arlt decía:

chicos de buenas calificaciones; chicos que del Nacional van a la Universidad, y de la Universidad al Estudio, y del Estudio a los Tribunales, y de los Tribunales a un hogar congelado con esposa honesta, y del hogar con esposa honesta y un hijo bandido que hace versos, a la Chacarita... ¿Para qué habrán nacido estos hombres serios? ¿Se puede saber? ¿Para qué habrán nacido estos menores graves, estos colegiales adultos?

Nacieron para servirnos de ejemplo. Si queremos alcanzar el amor (esa pareja honesta que nos ama incondicionalmente) tenemos que ser ejemplares. Entonces, para que eso pase no podemos seguir siendo esos sujetos escandalosos que no dejan de hacer evidente su diferencia. Se concluye que solo hay dos opciones: o se es un ejemplo (un sujeto que es perfecto, pero no porque tenga condiciones superiores sino porque cumple a cabalidad con lo que se espera de todo sujeto) o se es un pervertido (alguien por fuera de todo sistema y que debe ser eliminado). Mi resentimiento surge de esa maniquea forma de entender la experiencia, no puede ser posible que solo haya dos opciones.

Moreno en su elogio señala que la palabra resentimiento tiene en su forma una alusión a un sentido que no se cierra nunca (de ahí que sea un sentir repetido). Lo que re-siento con estas series es el intento de normalización que resulta en una heterosexualización; la imposibilidad de salir de ese régimen. Yo resiento porque lo que esas series

intentan hacer es cerrar el sentido, para que no molestemos más. Y prefiero ser un resentido porque me seduce el sentir que me deja en incertidumbre y no en falta y decepción (no quiero estar lamentándome porque no tuve esas historias de amor adolescente y dándome cuenta de que nunca las podría haber tenido porque no encajo en esos modelos o porque no soy un ejemplo). Una historia como la de esa serie promete una falta, pero nos obliga a creer que siendo ejemplares encontraremos cómo llenarla. Todo parece ya dicho, no hay lugar para seguir explorando con el sentido, no hay dudas en esas historias.

Yo, en cambio, creo que lo incierto es lo que alimenta el deseo (deseo por lo vivo); el deseo es aquello que me hace encontrar en los amaneramientos una manera de ir al límite y de alejarme de lo ejemplar con el fin no de encontrar una plenitud certera sino de aumentar una incógnita que no va a ser resuelta con una fantasía. Es que viendo a los chicos de esas series me pregunto dónde están las plumas, dónde la irreverencia, la resistencia a la regulación, los juegos con la lengua y el lenguaje; por qué tenemos que ser los mejores (que en este caso significa moderarse en lo escandaloso) para experimentar lo que deseamos. Por qué tenemos que experimentar el deseo, además, de una forma mesurada (como si el deseo fuera algo que se puede dosificar). La respuesta es porque siempre se nos ha dicho que los excesos llevan al vicio y eso nos hace disfuncionales. Ahora que hemos demostrado que podemos aportar mucho a la misma sociedad que antes nos excluía ya no tenemos que ser adictos a nada. Somos una comunidad funcional que contribuye con el desarrollo y el progreso de la humanidad.

Para terminar y no ser tan injusto con esa serie, hay una escena al final que tiene un gran valor. Cuando el chico de 16 años decide salir del *clóset* y contarle a la madre que es bisexual, ella reacciona de una forma que también me hace ser un resentido. Ella le dice que no hay ningún problema y le pide perdón si en algún momento lo hizo sentir incapaz de contarle eso. Es tal vez lo mejor de esa serie, ver a las madres reconociendo su culpa. Pero otra vez, es el mundo de la fantasía, del condicional del pasado del subjuntivo ("ojalá eso me hubiera pasado a mí"). A pesar de eso, en esa escena puede experimentarse, al mismo tiempo, el resentimiento y la satisfacción o reconocimiento de que no necesitamos que nuestros padres y madres nos acepten; que las narrativas

de salir del *clóset* tendrían que ir desapareciendo, pero no porque ahora ser gay sea un ejemplo, sino porque no debe ser la culpa la que nos guíe en nuestro deseo. Es el re-sentir, el deseo de seguir sintiendo y nunca cerrar la experiencia, de aceptar que no estamos totalmente hechos, que seguimos explorando y que nadie (no nuestros padres ni madres, no nuestros maestros ni maestras) puede limitar ese deambular, ni siquiera las series perfectas de Netflix.



Julian urrego @julianurregog

³ Roberto Arlt, "Los chicos que nacieron viejos", Studocu. <https://www.studocu.com/es-ar/document/universidad-autonoma-de-entre-rios/psicologia-etica-y-derechos-humanos/los-chicos-que-nacieron-viejos-arlt-roberto/27985152>